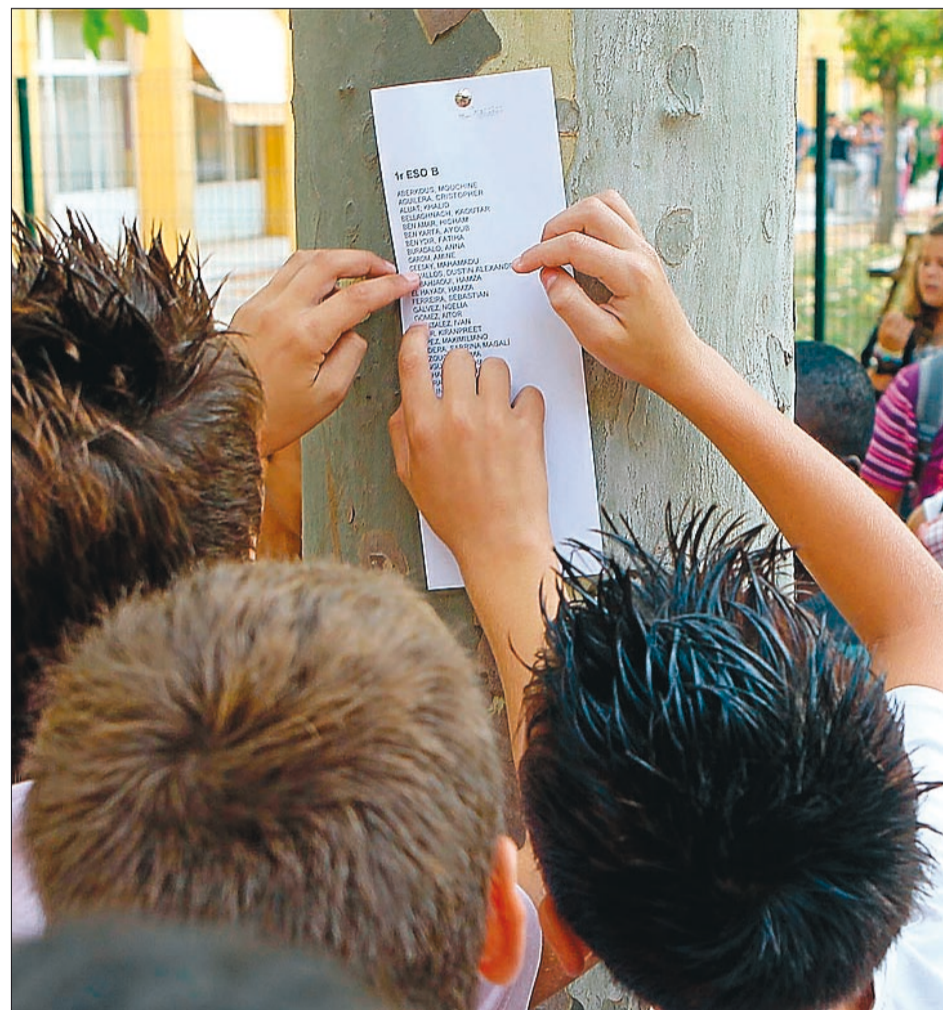




RICARD CUGAT



Modelos docentes a ritmo de mambo

En este país cuestionamos permanentemente la educación, haciendo y deshaciendo, avanzando dos pasos adelante y uno atrás, cuando el modelo docente debería diseñarse con perspectiva y coherencia global, desde primaria a la universidad, como si fuera una carrera de relevos.

Este es un país en el que permanentemente estamos cuestionando la educación, haciendo y deshaciendo, avanzando pero a ritmo de mambo (dos pasitos adelante y uno atrás). Además, cada nueva evaluación de resultados o publicación de *rankings* nos indica que no vamos bien. Todo el mundo parece tener algo que decir acerca de lo que sobra y lo que falta. Y, claro, yo también.

Para empezar, los modelos docentes deberían tomar más en consideración lo que se sabe desde hace muchos años (gracias a la abundante investigación científica) sobre modelos educativos eficientes, es decir, modelos educativos que consiguen que más estudiantes aprendan más. En particular, se sabe que los estudiantes aprenden más haciendo cosas y recibiendo con frecuencia comentarios de sus profesores sobre lo que están haciendo bien y lo que deben mejorar. Si además, lo que hacen lo hacen en grupo, todavía aprenden más. En cambio, se sabe que los estudiantes aprenden poco escuchando a su profesor, tomado notas de las explicaciones y estudiando esas notas unas horas antes del examen.

Naturalmente, este es un punto de partida muy genérico. Este es uno de los problemas de los modelos docentes: con frecuencia consisten en un conjunto de consideraciones tan genéricas que no di-

cen nada con lo que uno pueda estar en desacuerdo. Y dibujan un escenario en el que cualquiera puede sentirse cómodo, haga lo que haga, apelando si hace falta a la libertad de cátedra.

En el ámbito de la formación universitaria, me admira, por ejemplo, la Universidad de Aalborg, en Dinamarca, que desde los años 70 tienen un modelo educativo muy específico: todos los planes de estudios utilizan el aprendizaje basado en proyectos. Cuando una institución apuesta por un mode-

ner sus titulados como resultado del proceso formativo y, por lo tanto, pueden evaluar con criterio si han conseguido sus objetivos. En este caso, puede aplicarse muy bien el dicho: «Lo que no se define no se puede medir. Lo que no se mide no se puede mejorar. Y lo que no mejora, empeora».

El modelo docente debería diseñarse con perspectiva y coherencia global, desde primaria a la universidad, como si fuera una carrera de relevos. No obstante, los hechos parecen demostrar que es-

Es preferible un modelo poco ambicioso, pero estable, que se vaya mejorando poco a poco, que tener que afrontar uno nuevo mejor cada cuatro años

lo docente tan específico como ese asume riesgos, pero puede ser muy eficiente en la organización y el uso de recursos. Por ejemplo, en Aalborg está muy claro cómo hay que formar al profesorado, cómo hay que organizar los planes de estudios o cómo deben que ser los aularios. Además, allí tienen una idea precisa de las competencias que deben te-

tos niveles de coordinación están, hoy por hoy, fuera de nuestro nivel de competencia como organizadores. En la universidad, sin ir más lejos, en el marco del Plan Bolonia, hemos hecho las cosas al revés: primero diseñamos los másteres, luego los grados, después hemos definido el marco general de cualificaciones —es decir, las competencias que

JORDI RIBOT / CLICK ART FOTO



FERRAN NADEU



los alumnos deben desarrollar en grados y másteres— y, ahora, estamos aprobando el Estatuto del Personal Docente e Investigador y, claro, revisando de nuevo los másteres que pusimos en marcha al inicio del proceso.

Creo que deberíamos plantearnos objetivos más modestos. Para empezar, démosle un poco de estabilidad al modelo que se use en cada etapa educativa, sea cual sea ese modelo. Por ejemplo, estamos viendo ahora cómo se ponen en cuestión iniciativas recientes, como la *semana blanca* o el proyecto de utilización generalizada de portátiles, sin que haya habido tiempo para que los agentes implicados (y, en particular, el profesorado) se adapten y empiecen a rentabilizar el nuevo escenario. En mi opinión, es preferible un modelo poco ambicioso, pero estable, que se vaya mejorando poco a poco, que uno nuevo mejor cada cuatro años. Nuestra historia educativa se parece mucho a aquella catedral que empezó planificándose como una iglesia y en la que cada nuevo obispo modificó los planos para que fuese mayor y mejor. Ahora está a punto de caerse porque los fundamentos no aguantan y están en obras perpetuas.

Cualquiera que sea el modelo docente, debe tener un hueco para elementos cuyo valor está en alza hoy en día. En el ámbito de la formación uni-

Ayudaría mucho que abandonásemos la fea costumbre de echar la culpa a la etapa educativa anterior

Miguel VALERO



Catedrático del Departamento de Arquitectura de Computadores de la UPC.

Ha sido jefe de estudios de la Facultat de Informàtica de Barcelona, subdirector del Institut de Ciències de l'Educació de la UPC y director de la Escola Politècnica Superior de Castelldefels.

versitaria, por ejemplo, deben ocupar un lugar importante aspectos tales como la experiencia internacional, la emprendeduría, la innovación, el liderazgo o la sostenibilidad. Claro que no en forma de asignaturas específicas tipo *La Emprendeduría: historia desde los egipcios hasta nuestros días*. El desarrollo de la actitud emprendedora o la vocación innovadora debe estar incrustado a lo largo del plan de estudios. No hacen falta muchas lecciones, pero sí es necesario que durante sus estudios los alumnos encuentren un escenario que les anime a asumir riesgos, a emprender aventuras, que pierdan el miedo al fracaso. Ya lo decía Niels Böhr, el físico danés: «Un experto es una persona que ha cometido todos los errores posibles en un determi-

nado área de conocimiento». En el sistema educativo actual, si un estudiante hace algo y se equivoca, lo más habitual es que tenga un punto menos... El propio concepto de examen ya es el paradigma de la búsqueda y penalización del error. La pregunta de examen debería ser en realidad: ¿Con qué me vas a sorprender hoy? O mejor aún: ¿Con qué me vais a sorprender hoy?

En los últimos tiempos se usan con frecuencia frases emblemáticas que pretenden visualizar la necesidad de cambios en los modelos docentes. Una de mis favoritas es: «Pasar de la universidad de la enseñanza a la universidad del aprendizaje». Y otra que me gusta todavía más (porque esta incluso rima), acerca del rol que debemos ejercer los profesores: «Del sabio en el estrado, al guía a su lado» (al lado del estudiante, se entiende). Pero todo esto es más fácil de decir que de hacer. Les sugiero que se asomen por la ventanita de las puertas que dan acceso a una clase en la universidad o en un centro de secundaria: si se mira a través de ellas en la mayoría de los casos todavía verán a muchos sabios en el estrado.

Todos aquellos con responsabilidad en promover el cambio de rol del profesorado tienen que ser conscientes de una gran dificultad: a los profesores lo que nos gusta es dar lecciones. Es como si a Joaquín Sabina— a quién le encanta subir al escenario y actuar ante miles de personas— le dijésemos que lo que tiene que hacer es bajarse del escenario, organizar al público en grupos de tres, repartir guitarras y pasearse entre los grupos para ver cómo va la cosa. Seguro que a Sabina no le iba a gustar la idea, porque a él lo que le va es cantar. Pero seguramente él mismo reconocería que lo mejor de sus conciertos comienza cuando el público se arranca a corear las canciones y su voz ya ni se oye.

¿Y cuál debería ser el papel del estudiante? Pues estudiar. Pero eso sí, bajo las pautas que fijen sus profesores, de acuerdo con el modelo docente. Por eso, no estoy de acuerdo con los que afirman que los modelos centrados en el alumno y su aprendizaje van a fracasar porque no cabe esperar que los estudiantes se impliquen y estudien de manera continuada. Aquí no se trata de esperar. Yo antes también esperaba eso de mis estudiantes, pero ellos no lo hacían y yo seguía esperando. Se trata más bien de tomar el control y crear un escenario del que los estudiantes no puedan escapar sin hacer el trabajo y, como consecuencia, sin aprender.

Y para terminar, creo que ayudaría mucho que abandonásemos esa fea costumbre que tenemos de echar la culpa a la etapa educativa anterior. En la universidad nos quejamos del bajo nivel que traen los alumnos de secundaria. En los institutos se quejan de que los alumnos vienen con pocos hábitos de estudio del colegio. En los colegios se quejan de que los padres no nos implicamos lo suficiente en la educación de nuestros hijos. Y los padres nos quejamos de que los abuelos los malcriaban cuando cuidan de ellos el fin de semana. Parece ser que los abuelos se están organizando ya para echarle la culpa a internet.